



Patrimonio histórico-artístico

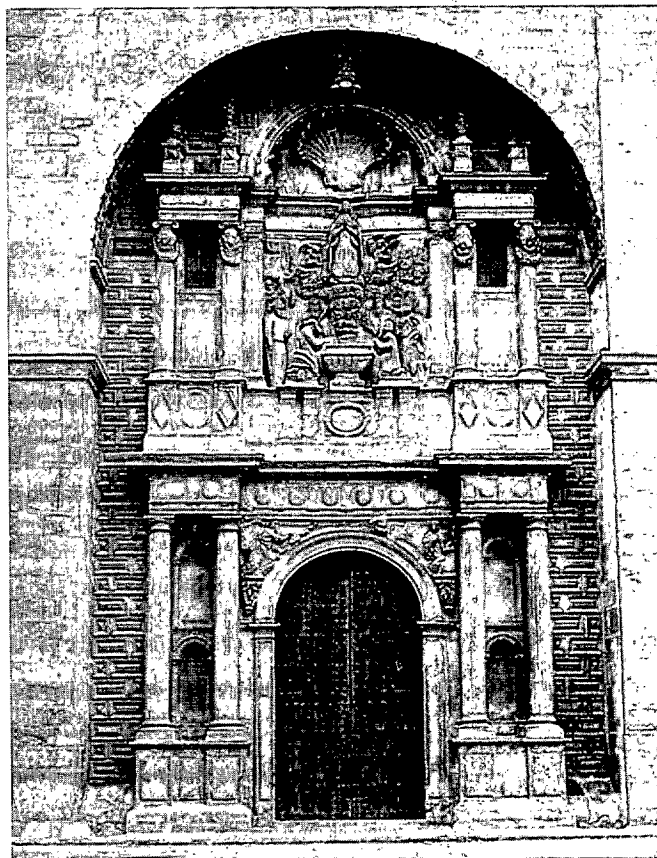
Rafael Piqueras García

Es lógico el que desde cualquier punto de acceso a Almansa sea su castillo el que domine la fisonomía de la ciudad, imponiendo visiones totalmente diferentes según sea el lugar de entrada de la misma. Cuando uno se acerca a él sorprende el dominio de la naturaleza sobre lo propiamente arquitectónico. Si tuviera que destacar una por encima del resto de las características del edificio, ésta sería la primera: el predominio de la roca sobre la obra humana y la sabia integración entre ambas. Esta consideración, válida para cualquiera de las perspectivas que optemos tomar, se impone especialmente en la visión que nos ofrece desde la Plaza de San Agustín o cuando se penetra en las dependencias abiertas entre los estratos rocosos, resultando difícil discernir dónde empieza o termina lo propiamente arquitectónico. Sin una excavación sistemática del Cerro del Águila, donde se ubica la fortaleza, puede, sin embargo, afirmarse que el lugar estaría ocupado desde la prehistoria, aunque la configuración actual arranca de una época tardomusulmana. La parte más antigua conservada corresponde a la construcción de tapial almohade, que se funde con la obra de mampostería, ya cristiana, de los siglos XIV, de época de D. Juan Manuel, y del XV, cuando los Pacheco, últimos señores del Marquesado de Villena, dejan su escudo en los diferentes torreones. Es en el torreón del homenaje donde se muestra el más refinado hacer arquitectónico: en su sencilla bóveda de crucería gótica, en cuyas claves vuelven a imponer los Pacheco su tema heráldico; en la ventana de perfil mudéjar; en un apenas marcado arco conopcial que se abre hacia el interior y en una extraordinaria escalera de caracol de acceso a la terraza de la torre, labrada en piedra de sillería.

Mucho tiempo abandonado, experimentó una profunda restauración desde la década de los años 50 de nuestro siglo en su periferia. Su interior, no reconstruido, queda abierto a que la imaginación distribuya dependencias, pasillos, puertas..., de los que sólo unos escasos restos nos permiten conjeturar su primitiva configuración.

Almansa, como tantas ciudades y pueblos españoles, se ha visto afectada por la indiscriminada acción de la piqueta, que ha dejado un conjunto menos armónico y con lamentables pérdidas de patrimonio. Sin lugar a duda, dos plazas concentran el interés monumental de la Almansa actual: la de Santa María y la de San Agustín.

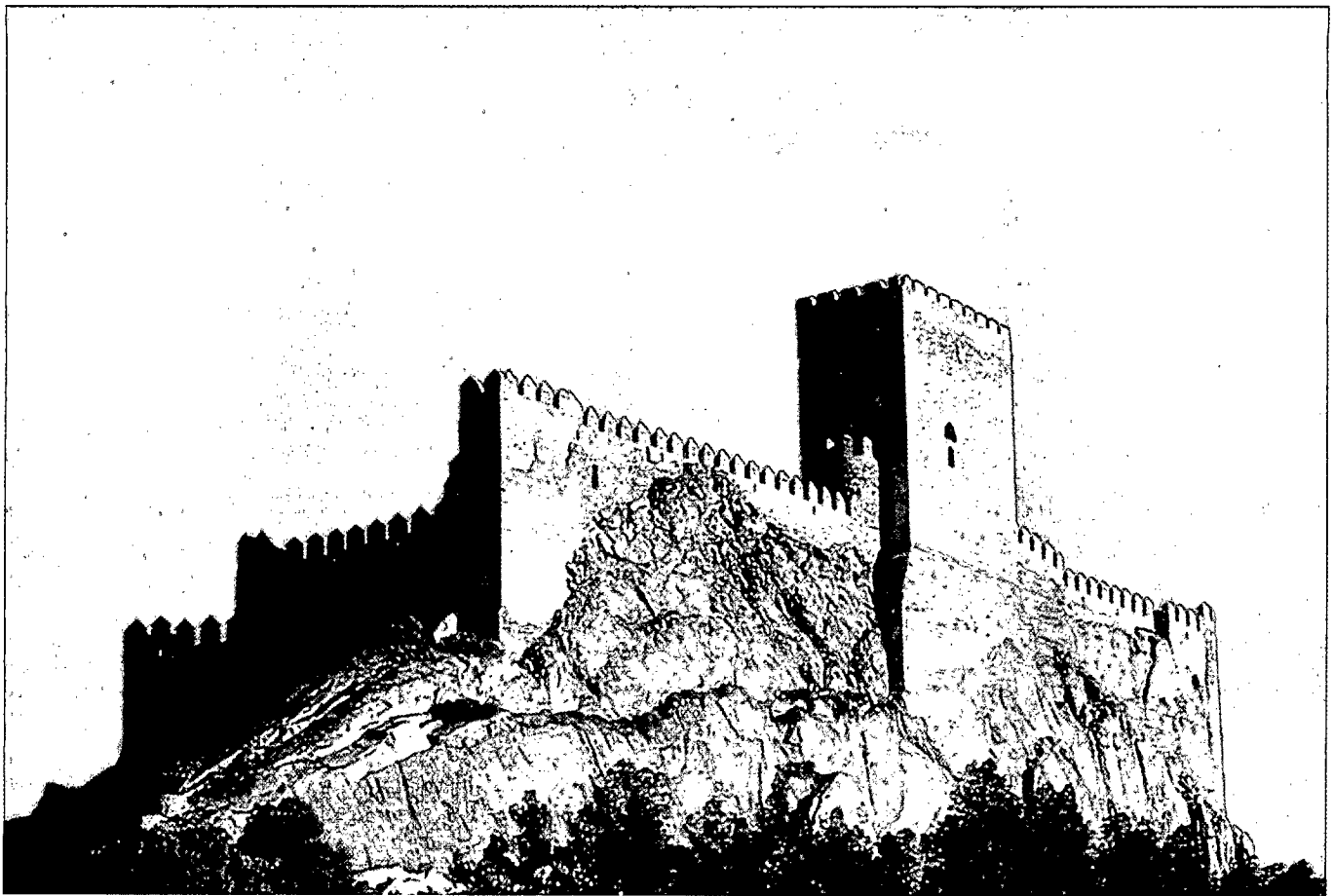
En la primera de ellas destaca la Iglesia de la Asunción, edificio de una nave y capillas laterales entre los contrafuertes, de largo período constructivo que, arranca en el primer cuarto del siglo XVI y se cierra con la reciente restauración de la techumbre. De la primitiva obra sólo subsisten las capillas laterales, en las que dominan bóvedas góticas de terceletes y desarrolladas claves; en una de las capillas, los sencillos pilares del resto se transforman en pilares helicoidales de connotaciones valencianas. La portada clasicista, de organización próxima a



Parroquia de la Asunción.

las creaciones de Andrés de Vandelvira, está dividida en dos grandes cuerpos bajo un gran arco. El primero, levantado en el siglo XVI, desarrolla un claro lenguaje renacentista en lo arquitectónico y en el bello conjunto escultórico de la Anunciación, dando como resultado un conjunto plenamente conectado con la portada del crucero de la catedral de Orihuela, en la que se baraja como autor a Juan de Anglés; el segundo cuerpo, ya del XVII, desarrolla un esquema arquitectónico similar al primero, pero el conjunto escultórico de la Asunción, de tosca factura, se aleja de la calidad del grupo inferior. Sin lugar a dudas, el resultado final es plenamente monumental, tratándose de una de las más nobles portadas de la región.

No elevadas las torres a la vez que la portada, se terminará una de ellas en el siglo XVIII, con claro perfil barroco y utilizando el ladrillo. En la segunda mitad del siglo (1763) se levanta la Capilla de la Comunión, de planta de cruz latina y capillas laterales entre contrafuertes, cubierta en su crucero con cúpula de bello efecto exterior; la portada, dividida en dos cuerpos, presenta en el bajo una decoración que anuncia el lenguaje neoclásico, mientras en el superior, con motivo escultórico eucarístico, la presencia de rocallas, ventanal ovalado o cornisa de perfil curvo mantiene claras las influencias barrocas.



Castillo de Almansa.

Hundida la capilla mayor a finales del reinado de Carlos III, como consecuencia de los continuos problemas de estabilidad del edificio, se rehacen la nave y la cubierta a comienzos del XIX bajo la dirección del valenciano Bartolomé Rivelles, dentro de un claro estilo neoclásico y con un bello ábside de columnas corintias al que se le busca paralelismos con la Capilla Real del Palacio de Versalles.

Junto a la Asunción, la Casa Grande, edificio de claras reminiscencias italianas de la segunda mitad del XVI, encuadrado dentro de un movimiento manierista especialmente manifiesto en la fachada. Atribuido al jiennense Francisco del Castillo, destaca en él la recargada portada en la que domina un gran motivo heráldico entre esculturas, enmarcado por columnas fajadas con almohadillado rústico en sus laterales y frontón superior, en el que aparece la figura de Escipión como encarnación del héroe clásico. Si el lenguaje manierista en múltiples detalles en torno a la puerta, los balcones laterales refuerzan el mismo en torno a las cartelas o en los dinteles adovelados de decoración trasgresora del equilibrio clásico. El patio porticado, con columnas jónico-toscanas que soportan arcos rebajados, resulta más clasicista, introduciendo únicamente motivos heráldicos en las enjutas. Adosado al lateral del patio que da al jardín se levanta la portada barroca del desaparecido Palacio de los Condes de Antillón, que se ubicaba en la cercana calle de la Rambala. Restaurado el edificio recientemente, ha pasado a ser sede del Ayuntamiento.

A través de la calle Aragón llegamos al segundo gran espacio de interés en la ciudad, la Plaza de San Agustín. Antes de acceder a ella pasamos por las casas solariegas de los Enríquez de Navarra, de cuidado interior y bella fachada de sillería, ligada según la tradición de esta familia a importantes momentos

de los días en torno a la batalla de Almansa, y la de los Galiano, hoy casa de los Marqueses de Montortal, con buen patio porticado sostenido por columnas, en torno al que se distribuyen dependencias y la bella escalera que comunica los dos pisos. Ambas casas se encuadrarían en la arquitectura del siglo XVII.

El edificio más singular de la plaza lo constituye el Convento de Monjas Agustinas, de los siglos XVII y XVIII. La iglesia, de planta similar a la Capilla de la Comunión citada, tiene coro alto y cúpula sobre pechinas en las que se desarrollan interesantes pinturas al fresco con el tema de los cuatro evangelistas; pero lo más destacable de la misma es la portada, fechada en 1704 y realizada por Juan Fauquet, que constituye un buen ejemplo de decoración barroca: columnas salomónicas, molduras quebradas, entablamentos curvos, decoración vegetal característica, tema escultórico eucarístico y, como remate, la ondulada espadaña que da fisonomía a la plaza. El convento guarda en su interior un Niño Jesús de Roque López, discípulo de Salzillo, y un busto de La Dolorosa, tal vez de la escuela del primero.

Este espacio urbano se cierra con el edificio del antiguo Pósito, hoy Casa de Cultura.

Cercana a la Plaza de San Agustín se levanta la Capilla del Rosario, capilla-arco de acceso a la calle de la Morería. Obra de arquitectura popular, con detalles barrocos en el interior de la cúpula, es pese a su pequeño tamaño lugar de destacable interés en las tradiciones locales.

En la Plaza de la Constitución se levanta el hasta hace poco Ayuntamiento de la ciudad, edificio neoclásico con soportales, el popular Pasaje, fechado en 1800. Frente a él la Torre del Reloj, construcción del siglo XVIII de decoración neoclásica y perfil similar al de multitud de campana-

rios valencianos, tiene un bello escudo de la ciudad con elementos rococó.

En la cercana Calle Nueva y de paso hacia el Jardín de la Glorieta podemos observar algunos ejemplos de casas solariegas, no bien conservadas, que en su día formaron una de las más notables muestras del urbanismo local. Ya en el jardín, probable huerto desamortizado del Convento de Franciscanos, se levanta este edificio, levantado en los siglos XVII y XVIII. La iglesia, en cuyo dintel de acceso por la fachada principal aparece la fecha de 1660, es de nave única, capillas laterales entre contrafuertes y coro alto; tiene decoración barroca, especialmente notable en la Capilla de San Francisco, donde un zócalo de azulejos del XVIII y una ornamentada cúpula configuran un rico conjunto. Por lo demás, resaltar su pequeño claustro en ladrillo y una imagen de San Pascual Bailón de Roque López.

Absorbido por el actual polideportivo municipal se encuentra la Ermita de San Blas, de sencilla planta cuadrada cubierta por cúpula de influencias levantinas, posee una rica decoración interior de yeserías pintadas con motivos marianos. Conjunto para el que hay un proyecto de restauración próximo que esperamos saque del olvido en el que se encuentra.

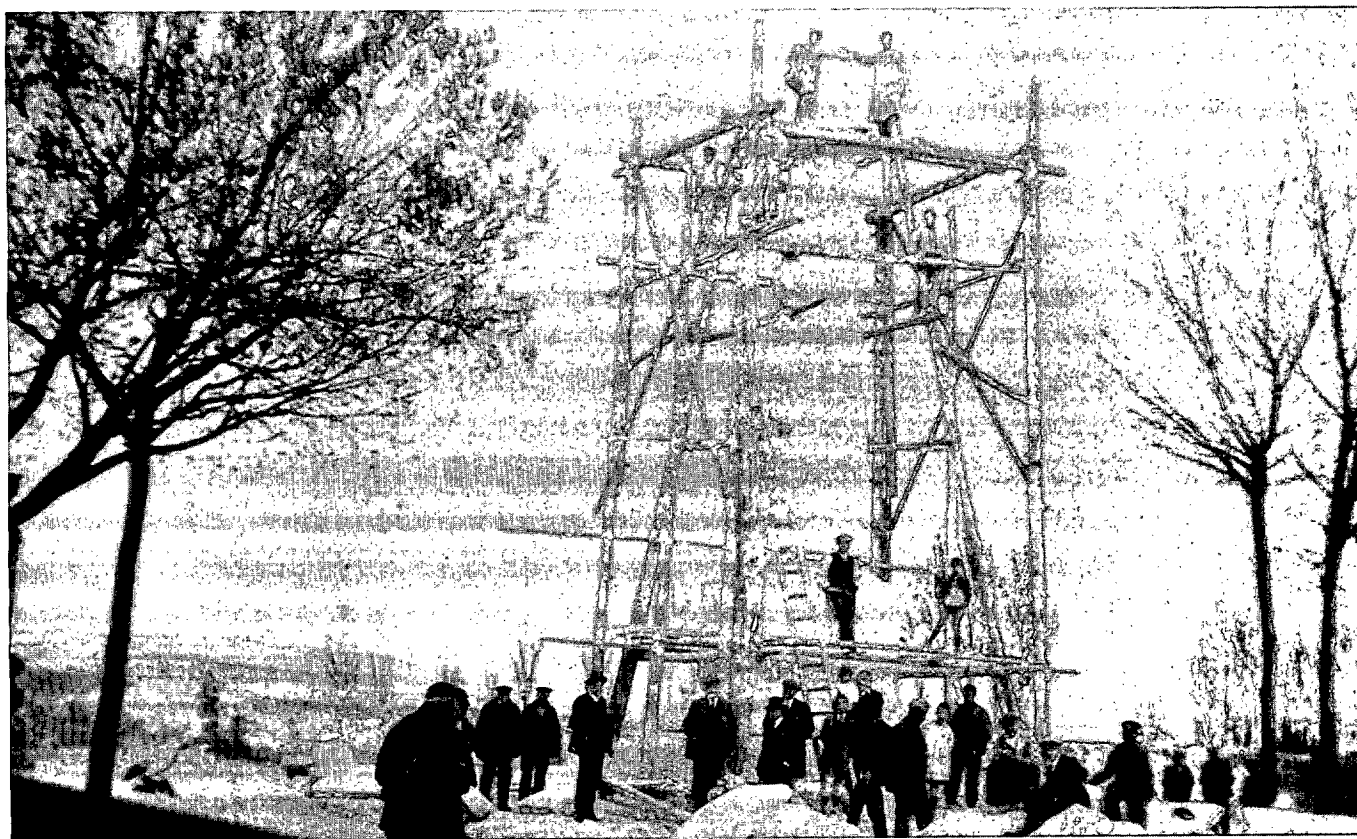
Todavía dentro de la ciudad merecen citarse: los teatros Principal y Regio, el primero del siglo pasado recientemente restaurado; el monumento a D. Aniceto Coloma, obra de Mariano Benlliure, que se levanta en el mismo solar que ocupó la mítica fábrica de Calzados Coloma, hoy Parque de Mariana Pineda; en la salida hacia Madrid, por el antiguo Camino Real, el poco conocido Puente de Carlos IV, realizado en piedra y ladrillo para salvar el curso de la Rambla Nueva.

Ya fuera del casco urbano contamos con otros ejemplos de obras públicas de importancia dentro del patrimonio local: el Pantano, con base del siglo XVI y realizaciones posteriores en

los siglos XIX y XX, constituye un ejemplo pionero de este tipo de obras, luego aplicadas a embalses levantinos como el de Tibi; el sistema de desagües de las lagunas de La Ortina y El Saladar; el Puente de Venta la Vega, sobre el que discurría el Camino Real y hoy la autovía.

Es, sin embargo, el Santuario de Belén el más conocido de los monumentos en el campo almanseño; importante conjunto de los siglos XVII y XVIII en el que la arquitectura popular alcanza un papel decisivo. Engloba, entre otras dependencias, la iglesia, de nave única y coro elevado, en la que son dignos de tener en cuenta: el retablo y las puertas barrocas a ambos lados del mismo, y el camarín de Ntra. Sra. de Belén, cubierto por cúpula y con un buen conjunto de pinturas al fresco y azulejería, todo ello del siglo XVIII. La plaza, bodegas, huerto..., forman un conjunto que, unido a la acequia de las Aguas de Alpera y el arbolado que lo rodea, lo convierten en un lugar de especial significación.

No puede cerrarse el catálogo del patrimonio histórico-artístico sin citar las pinturas rupestres aparecidas en el Barranco del Moro y en Olula, estudiadas por Mauro Hernández y José Luis Simón; el importante yacimiento de la edad del bronce del Cerro de El Cuchillo, de complejo recinto defensivo y riquísimas aportaciones materiales, excavado por los investigadores anteriores; y dos ejemplos de casas rurales: la Torre Grande y Santa Rosa. La Torre Grande es una gran casa de labor ordenada en torno a un torreón medieval, que unido a la construcción posterior, con torreones y almenas, se configura como un verdadero castillo. Santa Rosa, que recoge la idea del palacete rural palladiano, tiene fachada ordenada en dos pisos en la que se utilizan ampliamente pilastras clásicas, se remata con frontón en cuyo tímpano aparece un motivo heráldico y se colocan dos grandes volutas para mitigar escalonamientos. □



Construcción del obelisco conmemorativo de la batalla de Almansa (1924-25).